

# EL ÁNGEL NEGRO

Laura Higuera

A Nacho

El sueño de la razón produce monstruos.

Grabado n.º 43 de la serie Los Caprichos.

FRANCISCO DE GOYA

1

El arte necesita soledad o miseria, o pasión. Es una flor de una roca, que requiere el viento áspero y el terreno duro.

ALEJANDRO DUMAS

Petrov Grunt trabaja deprisa en un amplio estudio a las afueras de Múnich. Se trata de un único espacio de doscientos metros cuadrados en el que apenas hay muebles, a excepción de una cama grande y eternamente deshecha que tapa una de las esquinas del piso, unos cuantos caballetes con trabajos a medias y una fila larga de lienzos apoyados en una de las paredes y dispuestos en orden de salida. El propio Petrov realiza personalmente cada uno de los envíos. Sin intermediarios.

Recibe los encargos de AOA, uno de sus mejores clientes, a través de e-mails escuetos y precisos. Y a pesar de que el misterioso personaje elige diferentes direcciones de correo para ocultar su rastro, siempre firma sus mensajes con las mismas tres siglas.

Y es que Grunt, a sus cuarenta años recién cumplidos, ha dedicado parte de los últimos a la pintura de trece cuadros —a razón de uno por año—, que no son sino copias de las obras de Goya pertenecientes a la penúltima etapa de su vida, justo antes de su exilio a Burdeos: las composiciones que el mundo entero lleva conociendo, desde hace ciento cincuenta años, como las Pinturas negras. El decimocuarto lienzo descansa ahora, siniestro y acabado solo en parte, en uno de los caballetes. Como en todos sus trabajos, Grunt se afana en conseguir un resultado sobresaliente: una copia idéntica del original.

AOA paga puntual y generosamente. Todos los años desde hace catorce, y siempre en primavera, le llegan los detalles del envío, cada vez a un lugar diferente, algo que Grunt no consigue explicarse. No fiarse de su discreción es una falta de respeto a su profesionalidad y un insulto a su inteligencia: revelar la identidad de uno de sus clientes sería como estar firmando su propio ingreso en la cárcel. Un lugar en el que por desgracia ya estuvo y al que no desea regresar de ninguna de las maneras.

Aun así, con el tiempo ambas partes adquirieron cierta confianza, un tipo de complicidad que hizo posible entre ellos una comunicación telegráfica pero eficaz. Incluso en una ocasión, siete años atrás, y para sorpresa de Grunt, AOA le había hecho partícipe de su agradecimiento por haber realizado un trabajo de tanta calidad y al que sumó, a modo de despedida «Un abrazo». Semejante exceso solo podía deberse al grado de excitación que debió de experimentar después de contemplar su espléndida copia del Perro semihundido. Lo cierto es que, en su opinión, no era para menos.

Las pinceladas rabiosas, cargadas de un entusiasmo solo apreciable cuando el falsificador se enfrentaba a un encargo de semejante envergadura, conferían a cada trabajo la misma fuerza con la que el autor original debió estampar sobre los muros de su última residencia en España —porque sí, para estar desquiciado hay que estarlo sin paliativos—, cada una de esas escenas macabras que parecían sacadas de una pesadilla.

De: AOA

A: PG

Asunto: Saturno

Fecha: Domingo, 9 de marzo de 2015. 01:15:51 a.m.

Quiero el Saturno. Rápido.

Por supuesto, no hacía falta especificar si se trataba del Saturno de Rubens o del de Goya. Y, aunque era cierto que los correos siempre eran telegráficos, nunca habían llegado a tal extremo. AOA parecía más exigente —¿más impaciente, tal vez?— de lo habitual.

El siguiente paso implicaba la respuesta de Petrov, conocido en los círculos más elitistas del arte como el Maestro, el mejor falsificador de pinturas vivo del que, sin embargo, nadie hablaba nunca en voz alta. Era como si se tratase de uno de esos personajes enigmáticos que parecen sacados de una novela negra.

De: PG

A: AOA

Asunto: Re: Saturno

Fecha: Domingo, 9 de marzo de 2015. 11:01:34 a.m.

20.000 euros. Mediados de mayo.

De: AOA

A: PG

Asunto: Saturno

Fecha: Domingo, 9 de marzo de 2015. 03:16:24 p.m.

30.000. Mediados de abril. La mitad por adelantado.

De: PG

A: AOA

Asunto: Re: Saturno

Fecha: Domingo, 9 de marzo de 2015. 03:20:01 p.m.

De acuerdo.

La paleta provista de colores mortecinos descansa sobre el antebrazo derecho del falsificador, mientras que con la mano izquierda apura otra copa de riesling. Nunca pinta sobrio. Se pregunta, como tantas otras veces y con el alcohol fluyendo por las venas, quién será AOA. Pero al instante deja de pensar en ello —al fin y al cabo, no resulta relevante— y vuelve al trabajo. Centra la atención en la cara descompuesta de Saturno prácticamente acabada y en su cuerpo, que es mucho más que el esbozo tímido de hace un par de días. El trabajo, como siempre, estará listo a tiempo, aunque los ojos de ese ser maldito tengan algo que traspase el mismo infierno y le hagan cuestionarse muchas cosas.

Y un temblor le sacude.

¿De qué mal morirá?

FRANCISCO DE GOYA,  
grabado n.º 40 de la serie Los Caprichos

—¿Dónde está El ángel negro?

Al fondo de la sala inyectada en sombras y con las paredes cubiertas de pinturas, cerca de una de las esquinas, un hombre apura su último aliento de vida frente a una figura vestida como la Muerte. Se siente aplastado contra el suelo de mármol pulido y perfecto. Sabe dónde está, aunque la escena macabra que acaba de protagonizar lo ha dejado en un estado de confusión que le impide recordar la secuencia completa de acontecimientos: entre el primer y el último golpe ha perdido demasiada sangre. Experimenta una presión insoportable en los pulmones destrozados a patadas. ¿Cómo imaginar que aquel, el que auguraba como el más feliz, fuera a ser el último día de su vida? No logra evitar pensar en cómo puede cambiar todo en un breve lapso de tiempo. Y ahora lo siente por ella. Pero, sobre todo, lo siente por «la obra» de Goya, como él siempre ha llamado a las Pinturas negras.

Está prácticamente desnudo, sudando, con el pene ridículamente flácido y la corbata enrollada alrededor de los testículos hinchados. Aún siente los brazos que le faltan —el izquierdo del codo para abajo, y el derecho desde el hombro—. Nota cómo su corazón está a punto de claudicar y, sin embargo, aún huele el charco de sus propios excrementos junto a lo que queda de él: el resultado de la orgía de un depravado mental. Se pregunta dónde estará su reloj. Un pensamiento absurdo de no ser porque sabe hasta qué punto se aproxima la hora de su muerte. Es terrible morir, y morir así es todavía peor.

Persevera la sensación de hormigueo donde media hora antes habían estado las manos —al principio se las golpearon con un martillo hasta destrozárselas y separárselas de las muñecas ennegrecidas, exudando Dios sabe qué—, y piensa entre delirios en el síndrome del miembro fantasma. Recordaba haber gritado y suplicado como el condenado que era, hasta que el dolor se hizo tan intenso que desapareció: ni siquiera fue capaz de abrir la boca para articular un por qué. Bendita anestesia: quizá sea verdad eso de que la vida se relativiza justo antes del final, cuando la transición entre dos estados tan soberbiamente complejos como la vida y la muerte se eterniza de ese modo tan cruel. Ha perdido la noción del tiempo, aunque el reloj de pared de la sala en penumbra se empeña en recordarle que la aguja corre también para él, para los muebles escasos y sobrios y para el suelo que reluce y se parece más de lo que él quisiera a un espejo. Calcula que han pasado unas tres horas desde que le asestaran el primer navajazo al cuadro, y algo más desde la primera inyección de quién sabe qué droga, la misma que le mantuvo aturdido y llorando como un niño antes de que empezaran los golpes. Ahora resuenan con fuerza en su interior las palabras de Rafael Barret: «La tortura ha desaparecido del Código. Cosa diferente es que desaparezca de las costumbres.»

El tictac del reloj llega a sus oídos cada vez más disociado, como la maquinaria de alguno de los cuadros de Dalí, al que tanto admiraba de niño. Ya no le apetece vivir. Esboza una mueca parecida a una sonrisa, consecuencia de la borrachera química, producto de la angustia y de una especie de sentimiento de admiración. Angustia, por lo que se le viene encima; admiración, por la inteligencia de los grandes conspiradores, los que día a día y año a año le ganan el terreno a uno, haciéndole creer una verdad que nunca fue más que una gran mentira disfrazada. Estrategas de la vida.

Hace un rato lo hubiera dado todo por lo que ahora tiene enfrente, Saturno devorando a un hijo, genuinamente bestial. Hecho jirones, sí, pero sin que por eso deje de ser una más de las Pinturas negras originales, y no una de las ridículas copias que el Prado exponía como parte de su colección permanente, y que ahora tiene frente a él. Las mismas composiciones que habían pasado siempre para los autoproclamados expertos en Goya como excelentes —«¿No te das cuenta de que las de verdad están en los almacenes del museo? Yo las robaré para ti»—. Él sabía que cada año y sin que nadie

lo advirtiese un lienzo desaparecía de los subterráneos de la pinacoteca madrileña. Si Cabrera hubiera sido más observador, más inteligente, en definitiva, habría atado cabos y puesto a todo el Ministerio de Cultura, además de a varios tipos de honra distraída, pero de gesto rápido y buen ojo artístico, a trabajar en el tema. El conjunto de aquellos lienzos había sido para él la obra más grande de un Goya en el que había invertido su vida —desde los siete años arañándole cada segundo libre a su encorsetada educación noreuropea— y por la que ahora la daba. Lo cierto es que hay locos en todos los pueblos, y a él le había tocado la mayor de las desgracias: morir mientras convierten en arte tu sufrimiento.

Termina de cegarle el ojo derecho un chorro de un líquido indefinido, y las imágenes de las pinturas le llegan al izquierdo ahora distorsionadas, como flashes de luz y sombra: Leocadia Weiss de luto, castiza y con una mirada que a través del óleo le alcanza desafiante, con esa sonrisa ridícula y de mala hembra; dos hombres destrozándose a garrotazos, enterrados hasta las rodillas en algún valle madrileño; una romería de película de terror hacia la ermita de San Isidro, en la que los rostros desfigurados de los peregrinos se burlan de un espectador invisible. Una bandada de almas descoyuntadas clamando al cielo desde un aquelarre.

—Dove è L'angelo nero? ¿Dónde está El ángel negro?

Y su último pensamiento, antes de que la hoja afilada le seccione el cuello y la máscara caiga al suelo es para el sabueso triste en un paisaje desierto, el Perro semihundido mirando al infinito.

Y después, la oscuridad.

### 3

Saludó al mar con los ojos, y su corazón se llenó de alegría al contemplarse tan cerca de Venecia.

THOMAS MANN,  
La muerte en Venecia

El Palazzo Smonti se divisa en todo su esplendor al norte del puente de Rialto, sobre el Gran Canal, en la orilla oeste de San Marcos, casi frente al Campo della Pescaria, el principal mercado de pescado de Venecia. Su sombra se proyecta sobre un enorme rectángulo de agua verdosa —y con un ligero olor a cloaca— poblado de góndolas, taxis acuáticos, traghetti, vaporetti y embarcaciones privadas. Es un martes soleado y primaveral sin Aqqua Alta.

La fachada, en perfecto estado de conservación, es de estilo arabesco y de un tono marrón rosado. Alcanza los doce metros de altura y aparece salpicada por quince ventanales con techo a dos aguas distribuidos entre las tres plantas que la forman. La construcción data de los últimos años del siglo XVII, de la época en que «El cura rojo» y Albinoni componían su música mientras Canaletto nacía para pintar Venecia; en aquel entonces, la urbe estaba considerada uno de los principales centros de creación artística europeos. No obstante, a la Serenísima República de San Marcos le quedaba tan solo un siglo para marchitarse en manos de Napoleón. El palacio había pertenecido al duca Silvestro Valier a finales del siglo XVII; más tarde, a un descendiente especialmente adinerado de Bach; después y durante generaciones, a la familia del empresario Alessandro Zorita, quien había forjado un imperio vendiendo a los ingleses el cristal de sus fábricas de Murano. El último miembro vivo de los Zorita vendió el maravilloso edificio a Andrónico por dieciocho mil millones de liras italianas. De eso hacía ya más de veinte años.

Al entrar, además de la amplísima sala decorada con muebles italianos del siglo XIX e iluminada por una gran araña de cristal, llama la atención un espejo enmarcado en madera de ébano tallado con los personajes del segundo círculo del infierno de Dante, el de la lujuria, que se eleva hasta casi cubrir los cinco metros de alzado de la planta.

Apoyado contra la pared simula duplicar el espacio de la entrada y le confiere a esta un aspecto siniestro: la condena al pecado de la carne se traduce en decenas de almas impelidas por el viento, aplastadas sin piedad contra el marco. En la base del espejo puede leerse en letras doradas la última leyenda de la puerta al infierno: *Lasciate ogni speranza, voi ch'intrate*.<sup>1</sup>

La escalera de mármol se prolonga hacia la izquierda. En ella se encuentran representados con todo lujo de detalles los relieves de los cuatro puentes del Gran Canal por los que discurren las góndolas: los de Rialto y La Academia, el puente de los Descalzos y el de la Constitución, que adquieren bajo la luz alargada una dimensión singular.

El exmarchante de arte Darío Andrónico, dueño del palacio y de otros muchos bienes, disfruta en su despacho de una copa de *Romaneè Conti* de 1990 —un vino borgoñés que le encanta beber un punto más frío de lo habitual— a la que da suaves toques con el dedo índice de su mano izquierda. Permanece sentado en un sillón de 1935, un *Jean-Michel Frank* tan caro como perfecto. Las paredes están pintadas de un rojo sanguíneo, y mientras bebe contempla el *Sixteen Jackies* de Warhol con gesto de profundo deleite, admirado por la pulcritud de los azules de tebeo de cada uno de los dieciséis retratos de *Jaqueline Kennedy*. En contra de lo que pudiera parecer, no le preocupa si realmente valen los seis millones de dólares que pagó por ellos hace un par de años en *Sotheby's*, en Nueva York. Con la otra mano, sostiene un teléfono: las buenas noticias llegan antes de lo previsto.

Entre los miembros de la *Tertulia Pascal*, el círculo social más prestigioso del Viejo Mundo, que se reúne cada jueves desde hace siglos en la *Sala delle Stagioni del Caffè Florian* de la plaza de San Marcos, Andrónico tiene fama de ser un dandi trotamundos atractivo y exigente. De origen europeo, está cerca de cumplir los sesenta, aunque aparenta bastantes menos, y posee un gusto refinadísimo para las casas y el vino —buena prueba de ello es la bodega con dos millares de caldos en su mansión sorrentina en *Sant'Agnello* y otras quince propiedades que tiene repartidas en cuatro continentes—, además de para el arte. Su colección privada incluye obras de *Bacon*, *Picasso*, *Modigliani* y *Velázquez*, varias obras *Pop Art* e incunables de un valor incalculable. Su devoción por *Goya* es un asunto a tratar aparte y en petit comité. Lo cierto es que su vida gira en torno al gran pintor español desde hace tantos años que es incapaz de recordarlo.

Ya retirado del mercado del arte y del de la soltería, tiene la expresión y las cejas encrespadas. Su sonrisa resulta siniestra y los ojos son de mar polar, con la córnea tintada de un amarillo pálido e imperceptible para el que no esté al tanto de su rara hepatitis. Con fama de ser un tipo con el talento necesario para saber separar el grano de la paja, había sido mecenas de retratistas de la talla de *Eugene Summers*, de fotógrafos como *Eric Baldini* o *Giusseppe Tantini*, y de personajes singulares para los que no hay etiqueta posible, de esos que cobran millón y medio de dólares por estampar su semen en un lienzo, o setecientos mil por dejar a una paloma macerarse en su propia sangre.

—È fatto.<sup>2</sup> —Al otro lado de la línea una voz rebosante de orgullo le confirma que todo ha salido según lo previsto. Y es que dentro de muy poco, *Saturno* devorando a un hijo, para él la obra más grandiosa de *Goya*, descansaría junto a sus trece hermanas en el sótano de la *Casa del Marqués*, un palacio de principios del siglo XX situado en uno de los barrios más emblemáticos de la capital de España; su rincón favorito de Madrid y del mundo. La razón es simple: hay cosas que no se compran con dinero. Adquisiciones imposibles hasta para un multimillonario como él, como las trece «pinturas negras» que le había arrebatado al *Museo del Prado* o que, mejor dicho, habían arrebatado para él. Una vida de dedicación y un concepto de la propiedad muy particular habían obrado el milagro: el de ser el dueño de la colección de arte privada más espectacular de su época.

Es h ...